

sobre el mundo al Hijo de su seno, y al Espíritu que procede de Uno y Otro? Y si pensamos en el Hijo, y lo vemos vistiendo nuestra misma carne, ¿por ventura no se lanza el alma hasta sus piés, para darle testimonio del más ardiente y generoso amor? Y al pensar, también, en el Espíritu Santo, por quien la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones, quedamos envueltos en las llamas del fuego más sagrado; sentimos la dulzura de aquella caridad en toda su grandeza; y sus delicias nos dejan embriagados santamente, en el vino del amor de Dios.

Amor, pues, respiran nuestras almas, y de amor palpita agradecido el corazón; y amor mandamos una y otra vez, alabanza y humilde adoración, á la Santa y adorable Trinidad: y ved aquí cómo también correspondemos de algun modo, en nuestra gran miseria, las magníficas y soberanas dádivas de nuestro Dios: le mandamos también nuestras misiones. El corazón le va buscando á todas partes, y quiere publicar en todas ellas, la gloria de su santo nombre. De día y de noche le manda el alma los suspiros de su tierno amor; y no descansa mientras no halla su amoroso seno para arrojarse en él; y sus piés divinos para abrazarlos, dejándolos regados con su tierno llanto: y al conseguirlo, enagenado exclama: Hallé á mi amado, lo tengo conmigo, jamas lo dejaré..... (1) ¿No escuchais en el fondo del alma, una apacible y misteriosa voz que está

(1) Cant. III. 4.

diciendo, Amen? Y nuestros labios pronuncian una y otra vez, Amen, Amen.

CAPÍTULO XIV.

§ I.

NOMBRES DE LA PRIMERA PERSONA.

Alabad al Señor, é invocad su santo nombre: haced notorios á los pueblos sus consejos: acordaos que su nombre es excelso. (1)

Los nombres de las Divinas personas, encantan nuestras almas; nos parecen rayos de divina luz que desprendidos del trono de la Majestad, deslumbran con su brillo nuestras débiles pupilas, y nos envuelven entre olas de inmensa claridad; y al oído suenan con melodiosa y dulcísima cadencia; y el suavísimo acento de esos nombres, da una nota de las eternas y celestes armonías que estremecen el alma, del más sagrado amor. Por esto una y otra vez los repetimos sintiendo siempre, nueva dulzura y divinal encanto, que nos hace adorar y bendecir á nuestro amado y soberano Dios. Y ¿no es esto lo que quisiéramos hacer á todas horas? Cumplamos, pues, siquiera en parte nuestro buen deseo.

Los nombres que damos á las Divinas Personas, se llaman propios, cuando de tal manera le corresponden á alguna de ellas, que no pueden convenir á las demás. Y son apropiados aquellos que, aunque realmente con-

(1) Isa. XII. 4.

munen á la Trinidad, por alguna razon especial, se atribuyen singularmente á una persona.

Hé aquí los nombres propios de la primera persona: Ingénito, no engendrado, principio, Padre.

Cuando decimos Ingénito, ningun principio damos á la primera persona; y ese nombre indica que no viene de otra, ni por generacion, ni de ningun otro modo; sino que es absolutamente improductible (1)

Así como en las criaturas, nos dice el Ángel de la Escuela, se encuentran primero y segundo principio; así en las Divinas Personas, en quienes no hay ántes ni despues, se halla un principio que no viene de otro, y éste es el Padre.

En las criaturas, el primer principio se manifiesta de dos modos, ya por la relacion que tiene con las cosas que de él se originan; ó segun que el mismo principio no viene de nadie. Ahora bien, el Padre, con relacion á las personas que de Él proceden, se manifiesta por la paternidad y la comun espiracion; mas atendiendo que ni tiene principio, ni ha recibido de nadie la existencia, se manifiesta porque no es de otro. (2)

Este nombre Ingénito, no engendrado, es propio del Divino Padre en cuanto nos dice que de ningun modo es producido; por lo cual no conviene á ninguna de las otras dos personas; pues si bien el Espíritu Santo, tampoco es engendrado, procede del Padre y del Hijo, que son su eterno principio.

El Padre no ha sido engendrado; ni viene de otro alguno..... Majestad y grandeza, y sentimientos de la más profunda humillacion nos inspira este nombre sagrado.

(1) Billuart et. Charnes. (2) I. p. c. 33. a. 4.

Esa primera persona no viene de nadie, es por Sí misma, y lleva en su propia grandeza todos los tesoros de la divinidad. Si contemplamos su vida, ésta es la plenitud del Sér; y su gloria es infinita: su grandeza nadie podrá limitarla; y la gloria divina con que brilla tan excelsa y sagrada persona, está brotando sin cesar del fondo inagotable de las riquezas y divinas perfecciones de su misma esencia. ¿Dónde están los rayos de la luz que no parten de ese foco; ó dónde alumbran esos rayos que no hayan recibido su nítida blancura y sus colores, del que es principio eterno de cuanta luz existe? Y ¿dónde la grandeza, la majestad y el poderío, que radiantes de hermosura, no salgan de aquél principio que á nadie reconoce por origen de su Sér?

¡Oh infinita grandeza del Eterno! ¡Oh excelsa y adorable majestad de aquella santísima Persona, que no viene de otra alguna!

El hombre al ocuparse en tan grandes pensamientos, se anonada, y busca el más profundo abismo para hundirse hasta su fondo, asombrado y confundido; mas no tendrá que lanzarse á gran distancia, porque en él está ese abismo que buscaba. El hombre, ¡oh, cuán miserable es el hombre en su propia bajeza! y si quiere compararse con el iumenso y soberano Dios, ¿quién podrá decir cómo aparece su gran pequeñez, su asombrosa nada?

Mas ese glorioso y admirable nombre no llega á oprimir nuestra miseria; que ántes bien, de nuestra propia nada, elevamos confiados un himno de santa y humilde adoracion: confesamos esa pequeñez que se pierde de vista, y engrandecemos al que no ha sido engendrado, y que existe eternamente por Sí mismo. Yo hablaré á mi Señor, aunque no sea sino polvo y cen-

za. (1) Si me estimo en algo, contra mí se levantará el gran Señor; mis iniquidades rinden un testimonio verdadero que no puedo contradecir. Pero si me abato y anonado, si me despojo de toda estimacion, y si vuelvo al polvo de que he sido formado, la gracia me será propicia; y la luz del cielo alumbrará mi frente; y toda estimacion de mí mismo, por pequeña que sea, será sumergida en la profunda sima de mi nada, y perecerá para siempre. Allí descubriré lo que soy, lo que he sido, y hasta donde he bajado la triste pendiente de mi gran miseria, porque soy nada, y ni de esto siquiera tenia conocimiento. Si á mí mismo soy abandonado, únicamente soy debilidad y flaqueza; pero una mirada del Señor me llena de fuerza y de ardiente y soberano júbilo. Y á la verdad, que causa admiracion el verme levantado, y que el Señor me tome en brazos; cuando de mí mismo y por mi propio peso, me inclino hacia la tierra. El amor que Dios me tiene obra en mí tan gran prodigio; su gracia me previene, su providencia me ampara y defiende de los más grandes peligros, y de innumerables males. Me he perdido por el amor desordenado de mí mismo; mas buscando á Dios, llamándole sinceramente, lo hallé cerca de mí, y á mí tambien me hallé; y el amor me ha hecho hundirme más y más en el abismo de mi propia nada. (2)

Y á la verdad, sino hallamos en nosotros, sino miserias y desgracias, y necesidades, y congojas, que nos oprimen con su grave peso, ¿á quién podremos volver nuestras miradas, á quién tener confianza, y mandar, en fin, una plegaria, sino al Eterno y soberano Dios,

(1) Gen. XVIII. 17. (2) Imitacion. L. III. c. 8. m. 4. v. 10.

que existe por sí mismo, y poseé un tesoro de inmensa y celestial bondad?

Si hacemos que un momento, siquiera en parte, callen nuestros propios intereses y contemplamos solamente, la grandeza y perfeccion que nos descubre este nombre de la primera persona de la santa y adorable Trinidad: El que no ha sido engendrado, se inunda el corazon de inmenso júbilo, y la bendice y adora sin descanso. Llena está de perfeccion y de grandeza; es bellísima y amable la luz de su semblante; y grande, santa, eterna y digna de toda bendicion: atrae por sí misma nuestras almas; y al dejarnos llevar de sus divinos y amorosos atractivos, vamos por un camino delicioso; la luz del cielo brilla en nuestras sendas, que Dios mismo ha cubierto de vistosas flores. El mismo es, en efecto, quien las alumbró con ese nombre adorable: El que no ha sido engendrado; y nos revela las grandes y espléndidas riquezas que contiene. Y alegres nosotros, y cantando, entonamos, siguiendo el camino que nos lleva al cielo, sus divinas alabanzas.

Hé aquí otro nombre glorioso de la primera persona: Principio de la divinidad. El Padre es la raíz y fuente del Hijo y del Espíritu Santo. (1)

Hoy nosotros venimos, más bien que en otro tiempo Eliezer, á la fuente del agua, y oramos al Señor diciéndole: Señor Dios, vednos cerca de la fuente del agua viva, que sois Vos mismo: dadnos de beber. (2)

La infinita y admirable fecundidad de la primera persona, se deja desde luego contemplar en el nombre de principio de la divinidad. Abarca esa persona, en su

(1) D. Athanas. Contr. Gregal. Sabell. (2) Gen. XXIV. 42, 43.

divino seno, toda grandeza, y los tesoros infinitos de la divinidad: encierra toda vida, y de ella nace toda inteligencia, y procede eternamente el divino Amor. Brilla en ese mismo seno, la luz incriada, y arde siempre, hermosa y pura la llama de la caridad.

En el principio crió Dios el cielo y la tierra, y la luz brilló en el mundo, y los nacientes astros cantaron alabanzas al Criador; y los hijos de Dios prorumpieron en voces de júbilo. (1) Mas ¿quién obró tan grandes maravillas? ¿de dónde salieron la grandeza y el orden, el encanto y la hermosura que vemos en el mundo? ¿ese admirable concierto, y esa armonía que arrebatada y suspende el alma que un momento siquiera, contempla el inmenso y brillante palacio que llamamos creación? El mundo y cuanto en él admiramos, tiene á Dios por Autor: y á la primera persona atribuímos la creación, y apropiamos el nombre de primer principio de las criaturas: llamándole Padre nuestro, Criador de todo: y con gran exactitud lo hacemos de esta suerte, siendo como es, el primer principio en la santa y adorable Trinidad. (2)

Mas ¿qué son aquellas maravillas, comparadas con las que resplandecen en esa misma persona, contemplando la postrer grandeza que hemos mencionado; ser principio del Hijo y del Espíritu Santo? El mundo no ha existido siempre, y en el principio salió de la nada; pero el Verbo de Dios y el Amor, han estado siempre, en el Padre, con una gloria infinita, y la más acabada perfección: todo lo reciben de su eterno y divino principio, no saliendo de la nada, sino de Dios

(1) Job. XXXVIII. 7. (2) Charnes.

mismo, eterno y soberano; y no como sale la creación, sino estando siempre en Dios, como la palabra en la inteligencia y el amante en el amado; palabra llena de virtud, amor lleno de actividad y vida eterna.

§ II.

El nombre de Padre es propio de la primera persona, pues por él se distingue del Hijo y del Espíritu Santo. (1)

Si abrimos el Evangelio, hallaremos los testimonios siguientes: Á todo aquel que me reconociere delante de los hombres, dijo el Divino Salvador, Yo también lo reconoceré delante de mi Padre que está en los cielos.—Yo te glorifico oh Padre, Señor de cielo y tierra, decía también, porque has tenido encubiertas estas cosas á los sabios y prudentes, y las has revelado á los pequeñuelos. Sí Padre mio, bendito seas, por haber sido de tu agrado que así fuese. (2)

El nombre de Padre es nocional, en cuanto que por él significamos la primera persona, segun que es el principio de las otras, por modo de origen ó de procecion; no procediendo Ella misma; de ningun principio. (3)

En nosotros, dice el Angélico Doctor, la relacion no es persona subsistente, por lo que, el nombre de Padre no significa esta misma persona, sino aquella relacion: en Dios no es así, pues la relacion que significa el nombre de Padre, es persona subsistente.

(1) 1. p. q. 33. a. 2. (2) Matt. X. 32.—XI. 25. (3) Cerboni.